

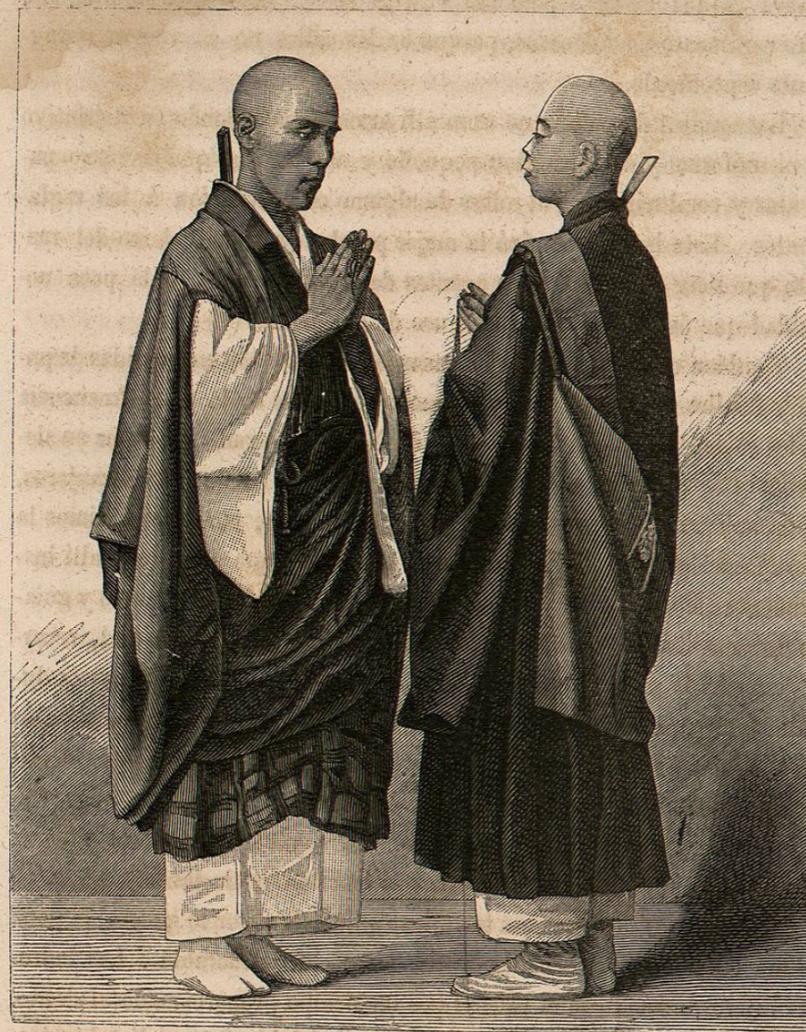
zas del mundo; pero lo admirable será que los maridos mismos no sean los primeros en experimentar el efecto repulsivo que producen esas caras sin cejas y esas bocas con azabache en vez de perlas. Acaso estas costumbres no sean en el fondo mas estrambóticas que la que tienen nuestras damas de agujerarse las orejas, ó que la moda adoptada en otra época de ponerse polvos blancos en los cabellos; pero el hecho es, que á mí me ocasionaron una impresion tan desagradable, que jamás pude habituarme á verlas con indiferencia. Algunas japonesas han comenzado ya á emanciparse de tan fea moda, aunque todavía no ha sido objeto de prohibicion especial desde la inauguracion de la reforma, como ha sucedido con la costumbre que tenían los hombres del pueblo de pintarse el cuerpo con picaduras indelebles (*tatouage*), prohibida hoy por las nuevas leyes.

En las clases inferiores de la sociedad, especialmente entre las mujeres, existen todavía creencias y prácticas supersticiosas, que tambien es presumible que vayan desapareciendo gradualmente con el contacto de los extranjeros. Dícese que todavía hay charlatanes que curan por medio de la imposicion de las manos sobre las partes ó los miembros enfermos, y tambien brujos ó agoreros que venden filtros y predicen el porvenir. Es frecuente ver en las puertas de las casas de té y otras habitaciones de gentes pobres, pequeños montones de sal muy blanca, que tienen por objeto impedir la entrada á los malos espíritus y, por el contrario, atraer á los espíritus propicios y benéficos.

Muchas veces se encuentran por las calles, sobre todo de noche, á hombres ancianos y ciegos, que con una linterna en la mano para evitar que los atropellen, se anuncian y ofrecen sus servicios por medio de un pito de sonido plañidero ó por medio del grito no menos triste de *an-má*, ó amasador. Estos hombres curan la fatiga muscular aplicando presiones y fricciones sobre el miembro dolorido, y otros dolores locales haciendo punciones con agujas metálicas. Esta práctica, sin embargo, no puede decirse que sea supersticiosa, aunque á los ojos del vulgo pueda tener algo de sobrenatural.

Pero lo que mas llama la atencion en el pueblo japonés, es la moderacion de sus hábitos y su tendencia espontánea á la subordinacion y al orden. En las fiestas populares que se verificaron cuando el Emperador tuvo su primera hija de una de sus concubinas, en las que se hicieron cuan-

do regresó de la China el embajador Okubo despues de obtener del Imperio Celeste las indemnizaciones que le reclamaba el Japon por el asunto de Formosa, y en otras muchas ocasiones, tuve oportunidad de ver en Yokohama y Kanagawa, quiere decir, en una ciudad de 60 ó 70 mil ha-



«BONZOS» Ó SACERDOTES DE BUDHA.

bitantes, que el pueblo se divertia con las iluminaciones, con los fuegos artificiales, con las grotescas pantomimas de hombres disfrazados de animales, con las representaciones teatrales, etc., sin que hubiera ni riñas, ni borrachera, ni otra clase de desórdenes. Ni entónces, ni en ninguna

otra ocasion, ví por las calles personas en estado de embriaguez, pues los japoneses raras veces abusan de los licores espirituosos, ó mejor dicho, casi el único que beben es el *sake*, especie de aguardiente preparado por medio del arroz, y eso solo por excepcion y en ciertos dias del año. Habrá indudablemente personas entregadas al vicio de la embriaguez, pero será acaso en sus casas, porque en las calles no se ve tan repugnante espectáculo.

Los agentes de policía no usan allí armas, consistiendo su distintivo en el uniforme y en un baston pequeño y una cuerda, que les sirve para atar y conducir preso al autor de alguna contravencion á los reglamentos. Este hecho es quizá la mejor prueba que pueda darse del respeto que tiene el pueblo á los agentes de la autoridad, y de la poca necesidad que éstos tienen de hacer uso de la fuerza. (\*)

Tambien el hecho de que las casas japonesas estén construidas de papel y débiles maderas, es muy elocuente en favor de la poca frecuencia de los robos. En nuestra habitacion de Nogue-no-yama, que por su aislamiento en un lugar poco poblado y por nuestra calidad de extranjeros, podia haber tentado la codicia de los malhechores, jamás resentimos la pérdida del objeto mas insignificante, á pesar de que dejábamos allí instrumentos, libros, ropas y dinero. Muchas veces solo, desarmado y guiado únicamente por el conductor desconocido de un *dgin-rik-shá*, recorrí de noche la ciudad hasta los barrios mas apartados, especialmente durante las fiestas populares con el fin de observar las costumbres, y jamas fuí víctima del menor atentado ni del mas ligero insulto. ¿Puede hacerse impunemente lo mismo en muchas ciudades del mundo?

El Gobierno reprime, es cierto, con la mayor severidad el robo y otros vicios, aún ahora que las leyes se han suavizado tanto. Antes de la revolucion los castigos eran terribles, aplicándose por lo general la pena de muerte hasta por robos de cantidades poco considerables. Los ladrones rateros, ademas de la prision por un tiempo proporcionado al delito, eran marcados en la mano de una manera indeleble por medio de pica-

(\*) Pueden tambien contribuir mucho á este orden las circunstancias de que los agentes de policía son muy numerosos, y de que este cuerpo está formado de personas que gozan de cierto prestigio por sus antecedentes y por su educacion. Hoy hay en él muchos *samurai*, que eran los súbditos inmediatos de los *daimios* ó nobles, y que constituian la clase militar, portadores de dos sables, y una especie de nobleza secundaria. Entre los *samurai* ha habido en todas épocas hombres de notable mérito, y muchos de ellos han figurado en la última revolucion.

duras. Hoy la pena capital se prodiga menos; pero si un ladron, aunque sea ratero, reincide en el crimen despues de haber cumplido su condena, tiene que sufrir otra pena mayor, y si cae por la tercera vez se le corta la cabeza.

Tambien el juego es castigado con penas muy fuertes, y por lo general, mayores que las que se aplican á los ladrones rateros; porque las leyes japonesas establecen, y acaso con razon, que ese vicio engendra otros muchos, y que es una especie de manantial ó escuela en que se forman los ladrones. Se me aseguró que entre las clases ilustradas de la sociedad, el vicio del juego es casi desconocido, y mirado con mucha aversion y desprecio, como uno de los mas deshonorosos.

Pero sea por la severidad de los castigos, sea por los hábitos de subordinacion y de respeto á las leyes que una dilatada paz ha inculcado en el pueblo, sea por una tendencia natural de su buena índole, el hecho es que aun espontáneamente se manifiesta en él un espíritu de orden muy notable. Siempre veia yo con agrado en las estaciones del ferrocarril, que en vez de aglomerarse los viajeros en el despacho de los billetes ó en las puertas de los trenes, se iban colocando por el orden de su llegada, sin que nadie pretendiese apoderarse del lugar del que habia llegado primero.

Entre otros muchos rasgos análogos que podria yo citar en apoyo de ese afecto al orden y á las recíprocas consideraciones, solo haré mencion del siguiente: Bajaba yo una tarde, como de costumbre, la colina de Nogue para tomar al pié de la cuesta un *dgin-rik-shá*, pues el hotel á donde iba á comer estaba léjos. Los conductores de estos carruajes ya me conocian, porque me veian diariamente y les pagaba bien; de manera que al acercarme al sitio en que estaban, corrian á mi encuentro y yo ocupaba el coche que llegaba primero; pero esa tarde llegaron al mismo tiempo cuatro ó cinco *dgin-rik-shá*, y ya me habia instalado al acaso en uno de ellos, cuando noté que los conductores, con muchas sonrisas y reverencias, me pedian que esperase un momento. En seguida, uno de aquellos hombres, tomó en la mano los extremos de varias cuerdas, é hizo que cada uno de los demas cogiese uno de los otros extremos. Despues abrió la mano, y el que habia tomado la cuerda marcada con un nudo, ó no sé que otra señal, fué el que me presentó su carruaje. Me habian rifado, recurriendo á la suerte para que decidiera quien de ellos habia adquirido el dere-